

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Luis Solano

## “Así se jugaba en Ánansvaat”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 66, octubre-diciembre de 2023, pp. 17-20.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

**F**ue en la Plaza del Cartógrafo donde ocurrieron los hechos, hace más de 1 479 años, cuando los hongos y la putrefacción no consumían aún la ciudad académica de Xiaoliang. Los jardines cronométricos (diseñados y descritos así por el polímata y fabricante de engranajes Yi Xing, quien decía haber descubierto una geometría del tiempo y de cuyos tratados

# Así se jugaba en Ánansvaat

Luis Solano

**Esta roca tal vez lleva milenios trocando un propietario por otro. Se me indicó que nunca ha perdido el contacto con la piel humana o humanoide. Si en algún instante se separara de la carne, perdería su poder.**

no quedan más que unos cuantos papiros enmohecidos) atestiguan la historia.

Simadiis, la luna que demarca la hora, indicaba las catorce. Una vendedora, insignificante entre la multitud, estaba sentada en cuclillas viendo pasar a los transeúntes. Sus señas personales eran las propias de la gente de la región: ojos rasgados, cabello lacio y negro, piel clara... Su delgadez y avanzada edad eran lo distintivo en ella. Parecía consumida por la vida o por alguna enfermedad, que tal vez sean lo mismo. Se cubría tan solo con andrajos de tela de cáñamo, pero los portaba con dignidad y limpieza, como quienes han visto mejores días.

Frente a ella, desplegadas sobre una manta, se hallaban alrededor de cien piedras de diferentes tamaños y formas: rocas ovoides, prismáticas, esféricas, toroidales, romas o afiladas, cóncavas como un cuenco, planas como bandeja, o deformes como el cráneo de un guerrero pisoteado por los caballos en medio de

una batalla. Todas eran igualmente grises y opacas.

—¿Cuánto quiere por las piedras? —le preguntó una mujer.

—No están a la venta.

—¿Entonces por qué las expone en un mercado?

—Bueno, es que la transacción no se hará con dinero. Podría decirse que están a la venta, pero en el sentido de una apuesta. Verá usted: necesito un jugador, un contrincante.

La visitante asintió, viendo la manta de un extremo a otro.

—¿Qué me dará si gano?

—Una de las piedras.

—¿Qué tienen de único? ¿Por qué no acepta el dinero nada más y omitimos el juego?

—Es que no hay monto que pueda pagarlas, pero el juego es necesario. Si no hay juego, no pueden pasar a otro propietario, y si no pasan a otro propietario, las piedras morirán conmigo. Y seamos sinceras, obsérveme, soy anciana. No me queda mucho tiempo, pero sí me quedan muchas piedras que traspasar. Mire: ten-

go una roca muy especial en mi haber. Es única, mucho más que todas las otras que tengo sobre la manta. Esta roca tal vez lleva milenios trocando un propietario por otro. Se me indicó que nunca ha perdido el contacto con la piel humana o humanoide. Si en algún instante se separara de la carne, perdería su poder.

—¿Y qué poder es ese?

—Revela los secretos de un idioma arcaico, muy superior al suyo o el mío. En nuestros términos vulgares, a este idioma le podríamos llamar anansvaati temprano.

—Ah, ¿sí? ¿Pero cómo es eso? ¿Cómo funciona? —cuestionó la visitante, más por diversión que por duda, ya vaticinando una estafa.

—Verá usted: todo instante se puede dividir en instantes más pequeños. Siempre se puede dividir infinitamente más. Deme cualquier decimal y podré darle otro más pequeño que ese. Ahora bien, con el mero tacto de la piedra, usted dominará la extraña lengua que le menciono. Podrá interpretar información sobre cada instante (o cualquier fracción de un instante, que sería otro instante, pero más pequeño) a un ritmo inimaginable. Intente vislumbrar las posibilidades: sería capaz de planear infinitas jugadas exitosas de ajedrez en una fracción de segundo o planear la trama de infinitas novelas en el

mismo lapso. Un zeptosegundo antes de morir, podría recrear las memorias de todo su árbol genealógico con su solo pensamiento.

—Entonces esa piedra detiene el tiempo, según me dice.

—No. Todo fluirá con normalidad. Sencillamente esta antigua lengua le permitirá pensar o procesar inagotables cantidades de información en periodos insignificantes, tan pequeños que podría decirse que en realidad no ocurrieron. Podrá referirse a todas las teorías matemáticas (tanto las ya formuladas como las que aún no se formulan) en un intervalo en que su idioma actual ni siquiera le permitiría pronunciar una vocal.

La posible compradora permaneció en silencio, levantando las cejas con incredulidad.

—¿Cómo pudo perderse un idioma con un potencial tan inmenso?

—Era demasiado avanzado incluso para sus creadores, me arriesgo a decir. Tenían un fonema para todo lo existente, fueran mapas, disertaciones, situaciones específicas... Esta conversación que estamos sosteniendo ya estaba prevista en esa lengua, y por lo tanto hay una sola palabra que la designa entre sus infinitos vocablos. De cualquier modo, nuestra estructura bucal no permitiría pronunciar los fonemas. Y tampoco lograríamos producir los sonidos con alguna otra parte de nuestro cuerpo. Por lo tanto, el único uso que pudiéramos darle es el pensamiento, a menos que construyéramos alguna especie de instrumentos musicales. Quizá los *anansvaati* trataron de producir los sonidos, e incluso pudieron atreverse a explorar ese idioma de forma artística, combinando los términos como ejercicio literario. Algo así solo pudo desembocar en el colapso de su cordura. Na-

die lo sabe con certeza. El punto es que tuvieron que degradar el *anansvaati* temprano para convertirlo en algo funcional.

—No le creo... Y aunque fuera verdad, confunde el potencial de ese idioma con la capacidad mental del hablante. Es decir... supongamos que tiene una cantidad ilimitada de trigo, pero solo posee un costal para guardarlo. El

**Debajo de sus ropas y debajo de las tablas de su casa hay ocultos 61 194 yingbis en billetes de alta denominación, para que no abulten. Una parte de ellos se los pagó un anciano vendedor de especias tan solo por murmurar cosas en su oído y echar a volar su imaginación.**

costal definirá cuánto puede guardar. ¿Lo comprende?

—Comprendo, pero usted pierde de vista un asunto afortunado: la capacidad de la mente no es estática. Se moldeará y adaptará a la nueva lengua adquirida, siempre que se trate de un cambio gradual. Con el debido entrenamiento, cualquier cerebro podrá soportar esa carga de datos. Ya lo verá usted. Conforme designemos con una sola palabra conceptos cada vez más comple-

jos, nos acercaremos más a nuestros creadores. Solo así se explica que hayamos tardado centenas de milenios para descubrir que podíamos usar los troncos como rueda, y luego solo nos haya tomado un par de siglos compilar la primera esfera armilar.

—No, no. Usted se equivoca. Un costal puede estirarse un poco, pero jamás podrá contener una cantidad ilimitada de trigo.

La jugadora asintió con resignación, y ya no hizo ningún ademán de querer hablar. Permittedió que la mujer continuara discutiendo si eso es lo que deseaba. Y en efecto, la mujer continuó discutiendo:

—Además, nuestro idioma ya permite hacer lo que usted dice que no puede. De hecho, ya lo mencionó hace un instante, cuando aludió a eso de los conceptos complejos. Veamos... Déjeme demostrarlo: si esta conversación ya fue prevista en ese tal *anansvaati*, y puede aludirse a ella con un sonido que dure un zeptosegundo, basta con plasmarla en un pergamino y asignarle un nombre: *El juego*, pongamos por caso. Bueno... *El juego en Anansvaat*, para diferenciarlo de otros juegos. ¿Acaso no es eso lo que hacemos con nuestros tratados y teorías? *El Optadrión* de Hemeerus, o el *Tao Te Ching* de Daozi... ambas pueden ser referenciadas en su totalidad con tan solo evocar sus títulos. Es más... al diablo con asignar nombres. Repita esta conversación en su mente, de principio a fin, pero hágalo en un zeptosegundo, y entonces verá que la mente es lo que nos limita, no el idioma. ¿Lo ve, o no lo ve aún? Nuestro idioma ya es ese tal *anansvaati* que se ha inventado usted. Lo que pasa es que no tenemos el seso para usarlo como usted lo plantea. Y no solo el seso nos limita. También físicamente estamos acabados. ¿Quién po-



Yumali Torres: *Llevo conmigo una parvada en el pecho*

dría pronunciar todas las palabras de tal o cual libro en menos de un segundo? Ya usted misma lo decía: nuestra estructura bucal no sirve para hablar tan rápido. Bueno, al menos la mía no, pero quizá usted si pueda. A fin de cuentas, su boca es más ágil que su cerebro.

La mujer decía estas cosas con ahínco. La jugadora, por su parte, la observaba con la barbilla descansando sobre uno de los nudillos, ligeramente cabizbaja, pero con las pupilas siempre viendo hacia arriba, hacia los ojos sagaces de la ferviente detractora.

—Por último, si usted tiene acceso a ese avanzado idioma en el que todo está previsto, ¿qué hace mendigando en una plaza? Debería estar en el consejo de algún emperador vetusto, dirigiendo sus tropas, o explicando a los mismísimos dioses cómo es que llegaron a recibir el soplo de vida. Con todo lo anterior, queda demostrado que lo que predica es una falacia.

La anciana inhaló con hastío mientras se ponía de pie. La otra mujer, expectante, dio un cortísimo paso hacia atrás, intentando ocultar sin éxito cierto nerviosismo.

—A usted la conozco —dijo la jugadora—. Se llama Bu Zhong, y tiene un esposo respetable y de cierto estatus, llamado Tigong Zhe, que por desgracia no la satisface. Desde hace más de dos años empezó a acostarse con un mercader de seda. Al inicio sus impudicias fueron infrecuentes, pero no por falta de ganas, sino por desconfianza de su habilidad para mentir. ¡Ah, pero se ha vuelto hábil! Claro, eso podría saberlo cualquiera, sin necesidad de dominar el anansvaati. Aquí le va algo que nadie podría saber, más que usted: ha fantaseado con la idea de viajar con el mercader de seda y llegar a una ciudad lejana a reinventarse, pero no quiere depender del mercader y quedarse con él permanentemente, así que está reuniendo dinero. Debajo de sus ropas y debajo de las tablas de su

casa hay ocultos 61 194 yingbis en billetes de alta denominación, para que no abulten. Una parte de ellos se los pagó un anciano vendedor de especias tan solo por murmurar cosas en su oído y echar a volar su imaginación. Eso fue hace unos momentos, en un sitio escondido de esta misma plaza.

—¡Basta! No hable tan fuerte, maldita sea... ¿Todas las demás piedras tienen propiedades de ese nivel? ¿Cuánto quiere por la roca del anansvaati?

—Deme los yingbis que trae consigo, y gáneme en un juego.

—¡Pero dijo que bastaba con ganarle! ¡Hace un rato no pidió dinero!

—¿Entonces por qué volvió a preguntar si ya le había dicho el precio? Aparte de eso, suripanta, ¿no le ha bastado con lo que le revelé para entender el valor de la piedra?

—Miserable —murmuró la mujer involuntariamente, pero sabía que su orgullo valía menos que la piedra—. De acuerdo. Le pagaré si gano el juego.

**–No. Me pagará ahora para tener el derecho a jugar... Me ha calumniado, adorada amiga. Me llamó habladora y mentecata. Y no olvide que tengo sus secretos y el nombre y seña de su esposo. Tengo todo. Debería estar pidiéndole más.**

–No. Me pagará ahora para tener el derecho a jugar... Me ha calumniado, adorada amiga. Me llamó habladora y mentecata. Y no olvide que tengo sus secretos y el nombre y seña de su esposo. Tengo todo. Debería estar pidiéndole más.

Con renuencia, la compradora empezó a extraer la suma exigida, pero decidió detenerse casi de inmediato. Concluyó que la contrincante jamás dejaría ir una roca como aquella y se dijo que no había modo de ganar un enfrentamiento en el que el bando opuesto ya sabe cómo concluirá la lucha. Además, las ofensas que había lanzado en contra de la rival ya debían ser conocidas por ella desde el momento en que la piedra estaba en su poder, incluso antes de siquiera conocerse. Sus secretos, fueran cuales fueran, nunca estuvieron a salvo.

–Delátame. Haga lo que tenga que hacer. No le daré mi dinero.

La vendedora miró a Bu Zhong como si estuviera orgullosa de ella.

–Es usted astuta. En tan solo unos cuantos segundos determinó que no valía la pena pagarme.

Disgustada y ya sin paciencia, Bu Zhong se dio media vuelta.

–Aguarde, aguarde. Intentemos que obtenga alguna piedra al menos, para rescatarla de la desaparición eterna. Hay que jugar sin importar lo que pase. Cualquiera de las rocas servirá. Aquí hay una aplanada. Al arrojarla a gran velocidad de forma casi paralela a la superficie de aquel estanque, rebotará una o más veces. Las piedras normales se hunden después del último salto, pero esta volverá volando hasta su mano. En caso de que logre usted más rebotes que yo, la piedra rebotadora será suya.

Bu Zhong no pareció alegrarse con la noticia. De algún modo, dominar un idioma antiguo le parecía más atrayente que tener una piedra voladora. La anciana notó esto, y le dijo:

–Sí, sí. Yo sé que dominar el anansvaati sería más útil. Sin embargo, toda roca es única y sería terrible que desapareciera. Así que escúcheme bien: solo una de ellas estaba destinada a usted. Y aquí la tiene: la rebotadora.

Estas palabras no convencían a la mujer, de modo que la anciana aventuró otros fonemas, po-

niéndolos en el orden justo para generar persuasión. Dijo:

–El universo es sabio, Bu Zhong. Hágale caso. Cualquiera otra piedra, en sus manos, sería catastrófica. Se haría usted más mal que bien.

Ambas se quedaron calladas durante un rato, pero Bu Zhong finalmente se dejó guiar por la sensatez. Y respondió:

–De acuerdo. Comenzaré yo, porque si usted da el primer tiro y logra que rebote mucho, estaré nerviosa y voy a perder.

La vendedora aceptó esta condición y entregó la piedra a la mujer, quien adoptó su posición de lanzamiento e hizo la tirada. El proyectil cruzó por encima del estanque y golpeó la nuca de un niño, que enseguida empezó a llorar y a señalar a la culpable. Sin embargo, no era claro a cuál de las dos mujeres se refería, así que Bu Zhong decidió aprovechar esta ambigüedad para inculpar a la vendedora. Por desgracia, al mismo tiempo que la roca impactó la cabeza del mozalbete, se oyó un ruido extraño, casi gutural entre la multitud. La vendedora, la manta y sus piedras se habían esfumado.

Se dice que la piedra volvió a Bu Zhong, pero no del modo que ella esperaba. **LPyH**

**Luis Solano** es ingeniero en Sistemas Automotrices por el IPN. Mención honorífica en el Premio de Ensayo Innovación Educativa 2017, por “El futuro de la humanidad y la promesa de la tecnología”, publicado en *Solo ensayo. Antología de jóvenes escritores. Volumen III*.